

Violencia extrema y ambigüedad de la guerra en Colombia

A propósito de Darío Betancourt Echeverry y de la violencia contra los intelectuales

Javier Guerrero Barón

*Al que se fue por unas horas
Y nadie sabe en qué silencio entró...*
Octavio Paz

Tomando como pretexto el primer aniversario del asesinato atroz de un hombre de academia, Darío Betancourt Echeverry, al que sobrevinieron luego los asesinatos de Hernán Henao y Jesús Antonio Bejarano, así como el atentado al que sobrevivió Eduardo Pizarro, hechos que se suman a numerosas amenazas que han obligado a salir del país a importantes hombres de la inteligencia colombiana, hemos realizado este ensayo que consta de tres partes: una sobre el hecho mismo y la obra del historiador Darío Betancourt; la segunda sobre el problema de la violencia contra el pensamiento y la universidad y la tercera sobre cómo la violencia colombiana entró en una fase de "violencia extrema" denominada como "crueldad" por Etienne Balibar y que sobrepasa los límites de la política.

1. *In memoriam*

Cuando nos informaron que Darío Betancourt no llegó a su casa, tuve la certeza de que se trataba de un problema profesional, de algo así como un accidente de trabajo. La obra de Darío Betancourt tiene dos grandes vertientes: la del maestro y pedagogo y la del investigador incansable, analista e interrogador del presente. El caso Betancourt es el fiel reflejo de las ambigüedades de la guerra colombiana, a cuyo conocimiento con tanto empeño le dedicó literalmente toda su vida. Nada se sabe con

certeza sobre las causas de este acto brutal. Como nada se sabe con certeza sobre las entre veinte y treinta mil o más muertes violentas de cada año desde hace tres lustros. Y esa es solamente una de las caras innombrables. Lo único que decimos en firme es que dedicó toda su vida a comprender la violencia de quienes lo asesinaron; a quienes la ejercieron en su cuerpo.

La suya es una hipótesis coherente y de larga duración, a la que le dedicó toda su vida. Sus reflexiones se enraizaban en el tiempo, desde la formación de la hacienda y la colonización del siglo XIX; pasaba por la oleada agraria de los años veinte, la violencia de los años treinta, la revolución que, según él, se frustró inicialmente traicionada en la segunda administración de Alfonso López Pumarejo y ahogada en sangre el 9 de abril de 1948, y luego en la cacería de los rebeldes “nueve abrileros” por parte de los “pájaros” del Cóndor; para, posteriormente, con una respuesta desarticulada y tardía de las resistencias armadas en las “cuadrillas liberales”, entroncar con las realidades del presente. Una hipótesis que, al desarrollar regionalmente la propuesta del “bandido político”, explica el resurgimiento de la violencia en los años ochentas extendiendo un puente que congeló en el tiempo la figura del “pájaro”, quien mutante en el sicario, reapareció matando a los dirigentes agrarios de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) y a uno que otro líder sindical en los años setentas, para luego reencarnarse en el paramilitar de los años ochentas. Ese era el plan de trabajo de su obra.

En este programa de largo aliento, su libro *Matones y Cuadrilleros. Origen y Evolución de la Violencia en el Occidente Colombiano* (IEPRI, Tercer Mundo, 1990) era simplemente el primer eslabón para llegar al surgimiento del narcotráfico, a los carteles del Valle del Cauca, fenómeno y organizaciones que estudiaba con entusiasmo y dedicación, cuando alguien decidió, el 30 de abril, no dejarlo regresar al seno de su hogar. Este primer trabajo había sido producto de un intenso debate en un programa de trabajo dirigido por Gonzalo Sánchez en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia (IEPRI) y denominado “Actores, regiones y periodización de la violencia”, programa que abrió una nueva frontera de aportes sobre el que es, sin duda, el gran tema nacional.¹

Después de la Universidad Nacional volvimos a encontrarnos desde 1982 en Chiquinquirá, en los simposios sobre la violencia en Colombia, con una nueva generación de investigadores que se lanzó a recoger los temas que la Nueva Historia

1 De él surgieron importantes reflexiones: *Guerra y Política* de Gonzalo Sánchez; *Historia de las FARC* de Eduardo Pizarro; *La Insurrección Llanera de Guadalupe Salcedo* de Reinaldo Barbosa; *Las Lecciones de las Luchas Agrarias del Sumapaz* de Elsy Marulanda y *Los Años del Olvido: Boyacá y Los Orígenes de la Violencia* de Javier Guerrero.

no tocó: la epopeya sin dolientes y sin vencedores, donde sólo hubo derrotados, el nudo trágico del siglo: la Violencia. Pero su afán no se quedó en el campo de la investigación. Se sintió orgulloso de ser parte del movimiento pedagógico que animó al magisterio desde finales de los años ochentas y aportó comprometido a la formación de maestros y de historiadores a su paso por las universidades Santo Tomás, Distrital, Pedagógica Nacional y Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Merecen ser mencionados sus aportes al tema de las mafias, por ejemplo, su ponencia en el Tercer Simposio Nacional sobre la Violencia (1990), donde presentó su sugerente tesis sobre los "*Cinco focos de la mafia en Colombia*". Esta tesis, que en su momento se convirtió en el primer intento de regionalización de las mafias, fue desarrollada en 1992, en una segunda experiencia en el IEPRI en el Programa "Colombia 70-90: Actores y Regiones de la Violencia Actual"², donde construyó su trabajo titulado: *Contrabandistas, Marimberos y Mafiosos: Historia Social de la Mafia Colombiana* (Tercer Mundo, 1994).

Este trabajo constituye el primer intento de extrapolación de las categorías de estudio de las mafias italianas y norteamericanas al caso colombiano. Mientras todos los especialistas hablaban eufemísticamente de "carteles" –la categoría sociológica de "mafia" aún hoy es utilizada por muy pocos analistas, entre otros de manera temprana, Luis Carlos Galán desde 1976 en algunos artículos de la revista *Nueva Frontera*, tal vez por haber tenido contacto directo con los académicos al haber sido embajador en Italia-, este libro tiene un importante mérito: aplica a fondo la categoría de "mercados ilegales" y su correspondiente de "mafias y núcleos mafiosos". Llamó las cosas por su nombre en un país en el que el conjunto de la sociedad evadió y evade este debate. En su primer capítulo hace una reflexión teórica y un estado del arte sobre la cuestión en el ámbito europeo y norteamericano. Profundiza en las tradiciones de secular ilegalidad de algunas economías regionales como la "cultura del contrabando" y las guerras de las esmeraldas, y diferencia claramente los orígenes urbanos y rurales de los actores para establecer tipologías regionales. Tuvo la influencia del historiador y sociólogo italiano Umberto Santino, con quien confrontó ideas a raíz de la lectura de sus artículos "*Lantimafia Difficile*" y "*Por una Storia Sociale della Mafia*". Otras influencias notorias provienen de la obra intelectual de Pino Arlacchi, sobre mercados ilegales, y de teóricos del problema como Martin Short y Frederick Sondern.

En adelante su trabajo dio un giro teórico fundamental. De apoyarse en un principio únicamente en historiadores marxistas ingleses como E. Hobsbawm y

2 Esta segunda experiencia tuvo muchos obstáculos y discusiones en su seno: dirigido por Alejandro Reyes, participaron Eduardo Pizarro, Alfredo Molano, Carlos Miguel Ortíz, William Ramírez y Javier Guerrero.

E.P. Thompson -a quienes leyó y admiró profundamente-, tomó distancia de los antecedentes ligados casi monocausalmente a la Violencia de los cincuenta y al problema agrario, y construyó nuevas hipótesis que trataban de comprender el proceso de modernización violenta que introdujeron en sus zonas de influencia los más importantes capos del narcotráfico y su impacto en la conformación del Estado. Sus trabajos posteriores fueron mucho más matizados y apuntaron a una reflexión histórica importante para la comprensión del drama que vive Colombia. La obra quedó trunca cuando intentaba crear un precedente teórico en la reflexión sobre los desarrollos contemporáneos de las que siempre vio como "formas de evolución del capitalismo cada vez más funcionales a los Estados y a las nuevas burguesías globalizadas", tema de nuestra última conversación, en el que las violencias juveniles eran el centro de sus perplejidades.

Su obra final tiene que ver con la historia local y regional, hecha -consecuentemente con sus planteamientos teóricos- con base en historia oral. De esta etapa deja la monografía del municipio de Restrepo, su tierra natal, titulada *Mediadores, Rebuscadores, Traquetos y Narcos: Valle del Cauca, 1890-1997* (El Buho, 1998), libro que sería su testamento. Esta recopilación de ensayos cortos que era parte antecesora de su tesis doctoral desarrollada en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París con Daniel Pécaut, contiene seguramente las claves de su desaparición violenta el 30 de abril de 1999, cuando sus estudiantes y colegas de la Universidad Pedagógica Nacional, donde era director del Departamento de Ciencias Sociales, se quedaron esperándolo para ir a una salida de trabajo de campo en la mencionada región.

Darío Betancourt encarna el compromiso de una generación que creyó en una nueva forma de entender y de enseñar la Historia. Forma parte de la legión de hombres y mujeres que, sin proponérselo, constituyen la comisión de la Verdad contra la ignominia, para que la historia, la dolorosa historia de los errores de la Colombia amarga, no se siga repitiendo. Seguiremos debatiendo sus ideas, sus tesis, sus aportes. Y aunque su muerte nos mutila en lo más íntimo de nuestra capacidad de pensar, siempre supimos los riesgos de pensar y de escribir, pero transformaremos nuestro miedo y seguiremos haciendo lo de siempre: decir y escribir lo que pensamos.

2. Contra el acto de pensar

No nos habíamos repuesto de la tragedia de la desaparición de Darío Betancourt el 30 de abril de 1999 y de la incertidumbre que sobrevino a este acto atroz, cuando la Universidad fue nuevamente estremecida por los cañones de la guerra: en esa misma semana, Hernán Henao, uno de los pensadores del problema regional, fue

asesinado en los predios de la Universidad de Antioquia. Meses después, nuestro profesor Jesús Antonio Bejarano, fue asesinado en la puerta del salón de clase. (Junto con Darío, teníamos algún vínculo con ambos: con Henao formamos parte del engranaje académico de comisiones y relatorías en los simposios sobre la violencia en Colombia realizados en Chiquinquirá, y del segundo fuimos sus alumnos en Historia Agraria). De nuestro maestro -quien formó parte del equipo que diseñó una de las estrategias más audaces para acompañar un programa de paz: el Plan Nacional de Rehabilitación-, puedo decir que ningún colombiano sabía tanto como él sobre negociaciones de paz, desde la experiencia como negociador del gobierno y desde el sitial privilegiado de observador diplomático de los procesos centroamericanos. De Hernán me consta la dedicación total a su universidad y su convencimiento de que en el estudio de las regiones está la clave del futuro de Colombia como nación. Hoy los tres están envueltos en el manto del silencio que nos impuso el juego macabro de la ruleta de los fuegos cruzados. Y, como si fuera poco, en diciembre de 1999, Eduardo Pizarro León-Gómez, director del IEPRI, salvó milagrosamente su vida en un grave atentado cerca a los predios de la Universidad Nacional. Entre tanto, numerosos investigadores y profesores de varias universidades han abandonado el país debido a las amenazas de muerte. Y aunque no es nada nuevo y es previsible que continúe, se suma inusualmente a lo que ha venido sucediendo a otros sectores sociales como el de los comunicadores y los activistas de los derechos humanos.

Sólo actos de profunda ignorancia podrían matar y silenciar mentes tan lúcidas, cuando tanto podían aportar a descifrar el laberinto de Colombia. Sólo la culebra que se muerde la cola y se devora a sí misma puede producir crímenes contra el pensamiento, como los que sacuden, cada vez con mayor frecuencia, a la sociedad colombiana.

Esas muertes, amenazas y atentados (que llamaremos indistintamente silencios), las asocio directa e inequívocamente al ejercicio de su profesión de pensadores. En el caso de Darío a su profesión de historiador y al de profesores universitarios, de excelencia académica y generadores de opinión y de saber, y las atribuyo, sin duda alguna, a los constructores de vergüenzas innombrables, a los que renunciaron a construir el futuro y prefieren tergiversar la Historia. De esas muertes, amenazas y atentados podemos deducir al menos seis lecciones:

La primera lección está relacionada con la responsabilidad del historiador frente al momento actual. La historia, por ejemplo, se convirtió en una forma de juzgar a los hombres. Cuando nuestra generación se propuso adentrarse en el camino de la historia inmediata, no se daba cuenta en toda su dimensión de los peligros de esta propuesta. No quiere decir esto que no debamos hacerla o que nos arrepintamos de

lo hecho, sino simplemente poner de presente que la historia siempre será un desafío a los poderosos, máxime si están vivos. Siempre se ha dicho que la historia de los vencidos entraña peligros inconmensurables y en Colombia hay una guerra en proceso donde los intelectuales tienen que demostrar todas sus habilidades para poder hacer lo suyo sin desatar el peligro. Algo así como el papel de los corresponsales de guerra, de escribir desde la trinchera la lectura de los acontecimientos del día, siempre jugándose, en un trabajo cotidiano por la reconstrucción de la verdad. Antes, los callaban denunciándolos ante los tribunales, como en el caso del historiador Libardo González (q.e.p.d.), quien tuvo que pasar varios años defendiendo el derecho a su verdad ante los estrados de la justicia. Hoy son simplemente silenciados.

La segunda lección tiene que ver con el papel del historiador. Aunque el juicio es un lugar ineludible, cada vez es más urgente entender y hacer entender que el papel del historiador no es juzgar. Es reconstruir para comprender; es, como propone Hobsbawm, “juzgar menos y comprender más”. El juicio es un acto colectivo, inevitable, pero escapa a los alcances de la historia como disciplina. Y aunque el historiador hace un juicio indirecto cuando realiza la crítica de fuentes, a manera de validez de las “pruebas” en un proceso judicial, lo que está haciendo es reconstruir e interpretar, pero no en forma de “veredicto”. (Sin embargo, en toda reconstrucción hay interpretación y en ésta hay un juicio implícito cuya finalidad última no es juzgar sino reconstruir con apego a lo real). Tal vez, si algún historiador recogiera el relato del hombre máquina o del cerebro que lo manipula, para transformarse en instrumento de muerte, de tortura, de crueldad extrema, debiera hacerlo para comprender la trama social y política que hay detrás de cada acto, para comprender por qué Colombia fue capaz de producir individuos de características tales, con capacidad de repetirlos y hacerlos rutinarios. Lo otro es asunto de tribunales y esos difícilmente existen en Colombia; y si existen, funcionan selectivamente y por ello son parte del colapso de lo legítimo y de lo creíble. Pero ese es otro problema distinto al de la historia.

La tercera podría tener forma de pregunta: ¿cuál es la responsabilidad de un intelectual en un país en guerra? ¿Cómo vencer el efecto del terror de estas cargas de profundidad que han sido arrojadas sobre nuestra capacidad de pensar, sin dejar de hacerlo? Es difícil contrarrestar los efectos del miedo y de las autocensuras, que se suman a las censuras implícitas y explícitas de una sociedad donde el trabajo de las ciencias humanas está desestimado y desestimulado, donde es difícil publicar y donde existe, como dice Galeano, la “censura estructural”: ediciones de unos pocos miles de ejemplares que se demoran varios años para su distribución porque la forma de supervivencia de las mayorías no da ni para comprar ni para leer. Con razón dice Lyotard: “decirte cállate es matarte”.

La cuarta lección tiene que ver con la anterior: el quehacer de la universidad, herida de muerte como está, amenazada por todos los flancos: por quienes se empecinan en convertirla en campo de batalla, donde sólo los poderes armados acabarán por imponer la lógica de sus “fierros”, la ausencia de razón y la imposición del que sea más eficiente en acallar y en violentar; y por un Estado que, por otros mecanismos, se empecina en asfixiarla, en achicarla, en callarla (en el sentido de Lyotard). Unos y otro terminaron por destruir su esencia. Es doloroso ver como importantes académicos -al lado de muchos ciudadanos de otras condiciones- han salido a la incertidumbre de un exilio, también ambiguo: no es el exilio de la Guerra Civil Española, en el cual, aunque vencidos, los hombres de la República sabían que su utopía había sido derrotada (con una alta dosis de complicidad de muchas naciones del mundo. El precio lo pagó la humanidad en cada uno de los hechos que la repitieron con creces en los miles de holocaustos, desde Guernica hasta Hiroshima). No. Somos anónimos, salimos en las sombras de la noche y la mayoría ni siquiera se atreve a decir por qué se va, tal vez porque ni ellos mismos saben por qué han tenido que partir. Y afuera debemos cargar con otra ignominia: simplemente la de ser colombianos en tierra extraña (No es una queja por la imagen. Todo imaginario es unilateral pero no arbitrario. Alguien dijo: “La imagen de Colombia es mala, pero la realidad es peor”). Pero deben existir formas de construir redes que mantengan los vasos comunicantes para que el pensador pueda seguir cumpliendo su función.

La quinta tiene que ver con el “derecho al Derecho”³: mantener en medio del conflicto mecanismos que garanticen el derecho. El derecho a reclamarles a quienes optaron por el camino de la guerra (o la violencia) el derecho. El derecho a disentir o a escribir libros o artículos que se aparten de las historias oficiales de los comandantes, tanto de las brigadas como de los frentes, o de los capos de las mafias. Pero también el derecho que tenemos a renunciar a la violencia quienes, en efecto, ya hemos renunciado y renunciamos todos los días a ella, quienes no podemos matar, quienes tomamos la decisión de comprometernos con el trabajo del pensamiento, en la construcción de una sociedad que pueda acceder a la modernidad negada, a esa especie de madurez de los pueblos, de equidad invisible, que hace que una determinada patria pueda ser digna, como dignos quienes la habitan y dignos quienes la construyen. Y el derecho a comprender que ese acceso a la modernidad está atravesado por la renuncia colectiva, social, política y ética a la violencia. El derecho de quienes no estamos con el *statu quo* pero tampoco vemos una revolución que esté construyendo un orden superior, ni por sus métodos ni por sus contenidos. El derecho de quienes -como a millones de colombianos- esta guerra no nos representa.

3 Reflexión tomada de Jean Michel Banquer. *Conferencia sobre el derecho de las minorías en las nuevas Constituciones de América Latina*. México, CIESAS, abril 14 de 2000.

Ligada a la anterior, está la sexta lección. El derecho a deslindar campos con quienes tienen corta la memoria: el derecho a hacer una crítica a la violencia de hoy, sin caer en la razón pragmática de los portavoces de las minorías que protestan por el desorden de quienes se lanzaron hace cincuenta años por el camino de la revolución para protestar contra la sinsalida violencia de que eran víctimas, y no protestan contra el orden violento de los gamonales que condujo a los revolucionarios a tomar las armas y que se reproduce hoy en el crecimiento de la pobreza y en la conservación, a las malas, de un orden a todas luces injusto. Por eso, la renuncia a la violencia no es incondicional: se da en unas determinadas condiciones históricas que en Colombia cada vez se aproximan a lo imposible. Colombia no puede ser un país digno si matan a quienes piensan, por pensar, a quienes luchan contra el olvido o si se asesina por el delito de enseñar, o si se asesina.

La violencia colombiana ya no construye, traspasó el límite de lo político entrando en un vacío ético. (Seguramente los autores de alguno de los crímenes se pronunciaron contra estos actos en comunicados públicos, o callaron, lo que es lo mismo). Son crímenes sin sentido que ni siquiera ayudan a los objetivos de ningún actor de la guerra. O están inscritos en el dudoso plano de la venganza (¿vengar una idea?), o del terror colectivo multidireccional. Asesinar a alguien por lo que dice en un libro o en un artículo es tan perverso como asesinar a un maestro entrando a su salón de clase. ¿Cuándo entenderemos que la única forma de atacar una idea es refutándola?

3. Sobre la violencia extrema

La violencia colombiana ya no construye, traspasó el límite de lo político entrando en un vacío ético, es la tesis central. (De por sí la violencia destruye. Nunca construye. Lo que construye es el proyecto político. Al no haberlo o ser débil, simplemente se destruye sin alternativa. Teóricamente sólo George Sorel, revisando a Marx, creyó en la función positiva de la violencia: de este revisionismo filosófico surgió el fascismo). Y al traspasar los límites de lo humano por sus formas extremas de violencia (“extrema violencia” para el caso denominada como “crueldad”) pierde el sentido y la direccionalidad del acto. Toda violencia, para que construya, tiene que “simbolizar poder”, simbolizar un orden, simbolizar. Y al traspasar los límites, cae en el vacío de lo innombrable. Es un grave error no comprender que en Colombia se traspasaron los límites de la violencia que puede fundar, que puede construir. Hay que decir que la violencia colombiana traspasó los límites de lo humano, que atravesó, de lejos, la dignidad del cuerpo y entró en lo que Etienne Balibar⁴ ha

4 Etienne Balibar. *Esquisse d'une Topographie de la Cruauté*. Chaire Michael Foucault Teleconferencia París X- UNAM, México, Casa de Francia, 31 de marzo de 2000.

denominado “demencia exterminadora” y ha llegado a la fase de lo que Lacan llama lo “irrepresentable”, del mundo sombrío de los “innombrables”. Por eso, las muertes se repiten y no representan (hacia dentro). Simplemente emiten imágenes rutinarias de cuerpos mutilados (hacia dentro y hacia fuera). Pero no “simbolizan”.

Esta afirmación la podríamos complementar con una evaluación: a partir de la disyuntiva entre guerra y política⁵, establecer cuánto queda de política y cuánto de guerra; establecer si la guerra se ha transformado en formas de violencia que se desarticulan de sus propósitos políticos, que fragmentan a los actores y desarticulan sus acciones. El problema de la guerra colombiana es como hacer crecer el polo de la política, politizando la guerra y, de alguna forma, introduciéndola en el derecho, en los pactos de consenso, entre otros. Pero la dificultad de una revolución como la imaginada por los revolucionarios en armas en estos tiempos, es que tal vez -es una posibilidad, no una afirmación absoluta- la era de los grandes alzamientos ha terminado, porque han finalizado los tiempos de los poderes absolutos, de las grandes dictaduras y de las insoportables iniquidades (con sus excepciones). Y esa revolución tiene que nadar en contra de la corriente de las experiencias históricas mundiales, con el derrumbe reciente del “socialismo real”; además, contra la percepción de los colombianos acerca de su régimen político.

Con todo lo que se quiera decir, y de ahí sus ambigüedades, el proceso colombiano ha plasmado conquistas de la modernidad en su imperfecto régimen político. Hoy, en casi todos los países de América Latina, se trata de superar los logros y las limitaciones de las democracias formales, algunas de ellas, dictaduras perfectas o con legitimidades imperfectas (pero tal vez -no lo aseguro- preferibles a los resultados tangibles hoy de los regímenes que se construyeron con las dos revoluciones triunfantes: la sandinista y la cubana); lo cual nos encierra en el círculo sofístico “de que la democracia formal no arregla todo pero no estropea nada y en cambio las situaciones totalitarias no arreglan nada y se limitan a aplazar el estallido de los problemas convertidos en metralla, en añicos de problemas más difíciles de solucionar que los problemas originales”⁶. Pero, cuando en más de un siglo de democracia las insatisfacciones son mayores que las conquistas, las iniquidades se acumulan y, desesperados con el panorama de pobreza de diez años de euforia neoliberal, por eso, solamente en apariencia, es más creíble destruir que mantener la tarea paciente y a largo plazo, de construir democracias más democráticas y más incluyentes. A Eduardo Pizarro

5 La versión para Colombia de este debate está en el excelente ensayo de Gonzalo Sánchez. *Guerra y Política en la Sociedad Colombiana*. Bogotá, El Ancora, 1991.

6 Manuel Vasquez Montalbán. *Marcos, el Señor de los Espejos*. Madrid, Aguilar, 1999, p.15.

le escuché en una ocasión la expresión “contra los males de la democracia, más democracia”. Es decir, democracia real.

En el centro de este problema está un Estado sin capacidad de representación. Por ello surgen los que se autodefienden, que saltaron las representaciones para ejercer una violencia sin mediaciones que, de paso, deslegitima al Estado que dicen defender; y los que pensando en destruirlo se lanzan por el camino de la guerra, sin tener en cuenta las identidades de los colombianos y la viabilidad del proyecto revolucionario. Y allí, en medio de este panorama, están las mafias que estudió Darío Betancourt, usufructuarias de los Estados y del desorden tolerado por el mismo Estado (no solamente en Colombia), cercanas y funcionales a los “nuevos ricos” o a las que Betancourt llamó “nuevas burguesías globalizadas” con sus estadistas pragmáticos, quienes en su política ambigua de apoyarse en ellas o atacarlas, según sus momentáneos intereses, destruyeron la noción misma de lo público. Son las mismas burguesías que necesitan cada vez “menos Estado y más negocios”, menos regulación, menos “códigos escritos”, contratos temporales leoninos, derechos “consuetudinarios flexibles” y privatización a ultranza; que requieren que la frontera de lo ilegal se expanda y se confunda con lo legal, para entrar, como en efecto hemos entrado, en otra nueva fase expansiva de lo que el pensamiento marxista denominó para otros tiempos “acumulación originaria del capital”, columna sobre la cual se construyó el mundo moderno y, equidistantemente, fenómeno sobre el cual se erige el nuevo orden postmoderno.

4. ¿Modernidad sin renuncia a la violencia?

En ese sentido, Colombia es el resultado de un interesante modelo social y económico, de un régimen político, de una nación que intentó ingresar a la modernidad sin renunciar a la violencia, es decir, haciendo funcionales “orden y violencia”, como lúcidamente lo señaló Daniel Pécaut⁷. Agregaríamos que tan funcional fue a la democracia colombiana que se confundió con ella misma.

Las formas de la guerra, como en muchas guerras contemporáneas, se fundamentan en la intolerancia con la “otredad”. Mientras en otras culturas la intolerancia fundamental es étnica o religiosa, en Colombia es con el que piensa distinto, o mejor, con el que opina. Mientras en otras regiones del planeta hay limpiezas étnicas, en Colombia ha habido, al menos, dos genocidios políticos agenciados desde el Estado en el corto lapso de medio siglo, problema central que los historiadores silenciados hemos evadido. El primero se inició en 1946 contra el Gaitanismo. No solamente

7 Daniel Pécaut. *Orden y Violencia*. Bogotá, Siglo XXI-Cerec, 1987.

aseguraron que Gaitán no llegara a la presidencia, sino que aniquilaron a sus seguidores y sus organizaciones, sus ligas campesinas, sus comités municipales; en buena parte ese es uno de los más fuertes ingredientes de la época de la Violencia. Este primer genocidio engendró las resistencias armadas que se prolongan hasta hoy. El segundo, contra el tercer partido de una democracia: la Unión Patriótica⁸, sin que paradójicamente se altere ese orden democrático. Y luego siguieron con todos aquellos que incomodaban al poder. Aniquilaron la oposición. Pero también pequeños “genocidios” locales: contra todo lo que se opone al poder de las guerrillas o de los paramilitares (aunque en las noticias los quieren hacer aparecer como iguales, no son lo mismo ni actúan igual, los diferencian sus proyectos políticos con sus lógicas militares). Genocidios contra los indígenas, contra las comunidades campesinas de paz que han proclamado la neutralidad activa, contra los pastores de “iglesias sospechosas” y contra potenciales enemigos “que no colaboran”. Dirán que así son las guerras. Simplemente el efecto polarizador de los aparatos armados. Son muchos genocidios sobrepuestos.

Por eso, cada homicidio sin resolver, se suma a esta historia. Desde la masacre de las Bananeras de 1928, los de antes del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, pasando por los del nueve de abril, los de los “Directorios”, los de los “pájaros”, los de los hacendados, los de la “cofradía de los encargados de las fincas del Quindío”, los de los “chulavitas” del laureanismo, los de los ganaderos que reclutaron a los guerrilleros amnistiados del Llano para perseguir a los no amnistiados en las “guerrillas de paz”, “los del napalm en la guerra del Sumapaz” en 1956, los de los campos de concentración de “Cunday”, hasta llegar a los homicidios de la “doctrina de la seguridad nacional”, los de los “carteles”, los de los grupos para atacar a los carteles, los de las guerrillas y contraguerrillas, los de los genocidios políticos, todos ellos en la “democracia más estable de Sur América”. Todos ellos, muertos por fuera de la historia malcontada, de una nación sin historia. Pero, así como Hitler o Stalin o Somoza o cualquier otro sátrapa y su horda de fanáticos creyeron matar toda evidencia, cincuenta años después son pocos los secretos que lograron esconder bajo su búnkeres. Y así como hoy la justicia mundial impide que los desaparecidos de Chile o de Argentina sean en vano, el estudio de la historia le dará sentido a uno entre tantos actos de crueldad.

8 El proceso complejo que llevó al homicidio de cerca de 2000 cuadros y militantes de este partido creado por las FARC para el proceso de paz del gobierno de Belisario Betancourt, en el contexto de una estrategia de “combinar todas las formas de lucha”, es resultado también de nuestra guerra ambigua, producto del proceso de “privatización de la guerra” y su delegación a actores del narcotráfico. Véase: Ricardo Peñaranda y Javier Guerrero. *De las Armas a la Política*. Santafé de Bogotá, Tercer Mundo-IEPRI, 1999. Específicamente el ensayo “La sobre politización del narcotráfico”, elaborado por el autor de estas notas.

Porque, volviendo a Balibar, el círculo de violencia extrema ejercida contra el cuerpo hace regresar a todos - de manera directa a quienes la ejercen y de manera indirecta a la sociedad que la tolera- a formas de crueldad fundamentadas en el goce de la muerte, donde el sujeto-ejecutor pretende trascender el instante de la muerte misma de su víctima. Y por eso, si una sociedad ya no tiene la capacidad de romper los círculos de victimarios y víctimas, cada vez es más probable, políticamente, que fuerzas transnacionales se arroguen el derecho de *-motu proprio-* intervenir esas otras sociedades que han traspasado los límites de la violencia extrema, por razones humanitarias, algunas veces entre comillas, bien sea desde los tribunales internacionales para juzgar los delitos contra la humanidad o desde sus bombarderos con sus guerras preventivas. Este tal vez sea el doble costo que se añade a nuestro papel de víctimas-silentes.

Todos, los magnicidios y los "minicidios" de los N.N y de los desechables, acumulados en el tiempo, pesan hoy en el resultado de la disyuntiva: Colombia un rincón de "hombres chatarra" donde por dos años se discute si vale la pena invertirle mil trescientos millones de dólares en el negocio más rentable: la Guerra. Si no los invierten, los dueños del mundo dicen que tendrían que acostumbrarse todos los días, como hasta hoy, a la masacre cotidiana y creciente. Y si los invierten nos convierten en el laboratorio de las guerras de la posguerra fría (obviamente sin que acaben las masacres). Por cualquiera de las dos vías, campo de acción de los nuevos y discutibles humanismos. Pero lo que queda claro es que en el imaginario mundial, Colombia traspasó los límites de la violencia que construye, que representa, para caer en la violencia "vindicta", caracterizada por la extrema crueldad, donde sólo se busca destruir al enemigo al precio que sea (bien sea el Estado o la organización revolucionaria, no importa que para ello sea necesario destruir lo que queda de Nación, entendida como la población que se identifica con un territorio, una historia, una cultura y un destino común).

Epílogo

Aunque es poco lo que se puede decir frente a los hechos y frente a la adversidad que siembran, el reto es ser creativos, propositivos, constructivos para no dejarnos asfixiar por sus nubes de terror y poder pensar más allá de la violencia. Seguir creyendo en los hombres aún después del siglo "del retorno a la barbarie".⁹ Seguir comprometiéndonos con la incertidumbre, con la esperanza, con los caminos que no existen y con los sueños. Una reflexión profunda y difundida, sobre la capacidad de

9 La idea es de Eric J. Hobsbawm. *Historia del Siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1996.

reconstrucción de la nación -si aún no es tarde- sobre la base de negociar los conflictos y hacerlos negociables, humanizar las violencias humanizables, incluida la guerra, diseñar estrategias comunitarias para prevenir las violencias previsibles, sobre la base de construir historias que sirvan de instrumento para comprender la Historia de Colombia.

Es necesaria la imaginación colectiva de una política que no sea ni “no violenta” (en el sentido de pacifista), [rechazo a la violencia per se], ni “contra-violenta” (represiva) [o revolucionaria], pero “anti-violenta”¹⁰ [en el sentido de renuncia a la violencia para acceder a la modernidad en unas determinadas condiciones], lo cual implica crear las condiciones para que la sociedad colombiana pueda volver a fundar una nación moderna sobre la base de la renuncia colectiva, ética, social y política al acto violento para darle un nuevo sentido al conflicto colombiano, revalorizando la palabra y creando ideas, movimientos y hechos políticos que simbolicen y garanticen la posibilidad de revertir el proceso. Si los procesos se deshacen como se hacen y la violencia le fue quitando el espacio a la política, la salida es que lo político le quite espacio a lo violento, como dijo alguien parodiando a Clausewitz¹¹: garantizando “la continuación de la guerra por otros medios”.

10 Etienne Balibar. *Op. cit.*

11 Karl Von Clausewitz. *De la guerra*. México, Diógenes, 1972.